



Peter Straub

MISTERIO

En Mill Walk, diminuta isla del Caribe, un niño de diez años, Tom Pasmore, está a punto de morir en un accidente de tráfico. Milagrosamente sobrevive pero a medida que va creciendo el recuerdo del accidente le lleva a obsesionarse con la muerte y paradójicamente con dos misterios nunca resueltos. Uno reciente, el asesinato de la hermana del ministro de Hacienda de la isla y otro, ocurrido hace ya años, el asesinato de un vecino y amigo del abuelo de Tom durante una visita que realizó a la ciudad de Eagle Lake en Wisconsin.

Tom se pone a investigar ambos hechos ayudado por uno de los mejores detectives de todos los tiempos, Laman Von Heiítz conocido como «La Sombra» ya retirado y que vive en vecindad con Tom en Mill Walk.

Misterio es una novela tan rica, tan maravillosamente construida que revelar algo más sería castigar al lector.

Peter Straub nos muestra otra vez su habilidad con un tema casi intrascendente, que nos arrastra a un clímax terrorífico e inesperado.

Misterio no es solamente la investigación de dos crímenes sino la búsqueda de la solución de los dos misterios más grandes de la humanidad: los de la vida y la muerte.

A Lila Kalinich
y
Ann Lauterbach

Necesito, luego imagino.

Carlos Fuentes

*Toda sociedad humana se
ha edificado sobre la complicitad
de algún crimen.*

Peter Gay, en Freud

Mill Walk no aparece en ningún mapa, hay que dejar esto claro desde el principio. Extendiéndose al este de Puerto Rico, como si se tratara de unas correcciones a una frase incompleta, se hallan las islas de Culebra y Vieques, seguidas a su vez por unos puntos cuyos nombres son Sta Tomás, Tórtola, S. Juan, Virgen Gorda, Anegada (las islas Vírgenes), después de los cuales aparecen las pequeñas anotaciones posteriores de Anguilla, St. Martin, St. Barthélemy, St. Eustatius, St. Kitts, Redonda, Montserrat y Antigua, que empieza a escurrirse hacia el sur; islas que se dejan igual que rocas en medio de una corriente: Guadalupe, Dominica, Martinica, Sta. Lucía, S. Vicente, Barbados, las casi microscópicas Granadinas, y la pequeña protuberancia de Granada, una esmeralda del tamaño del dedo meñique de una muñeca... A partir de aquí, sólo el mar azul verdoso hasta Tobago y Trinidad y, a continuación, aparece América del Sur, otro mundo. No hay más correcciones ni anotaciones, sino un concepto totalmente distinta.

De hecho, otra capacidad de percepción, una capa por debajo de lo que se conoce.

En la isla de Mill Walk, un niño baja volando las escaleras del sótano, y se da tanta prisa para escapar al sonido de los alaridos de su madre que ha olvidado cerrar la puerta, de modo que los alaridos cada vez más apagados le persiguen, vaciando de oxígeno el aire. Hacen que se sienta perseguido y culpable, aunque de un delito sin especificar: quizás únicamente porque no puede hacer nada para que ella deje de chillar.

El pequeño alcanza el final de la escalera y salta sobre el suelo de cemento, se tapa las orejas con ambas manos y se

desliza entre un desvencijado sofá de color verde y una mecedora de madera hacia el banco de trabajo, macizo y áspero, que se apoya contra la pared. Al igual que los muebles, el banco pertenece a su padre: a pesar de todas esas herramientas —destornilladores y martillos, limas y escofinas, latas llenas de clavos y tornillos, alicates, un serrucho y una sierra de bastidor, un taladrín, un escoplo, un cepillo y rollos de papel de lija—, nunca se ha creado ni arreglado nada en ese banco. Una gruesa capa de polvo lo cubre todo. El muchachito se precipita debajo del banco y apoya la espalda contra la pared. Prueba a retirar las manos de las orejas, y un instante de silencio sigue a otra. Por fin puede respirar. El sótano está frío y silencioso. El pequeño se sienta sobre el suelo de cemento, se apoya contra la superficie gris de la pared y cierra los ojos.

El mundo permanece frío, oscuro y silenciosa.

Abre de nuevo los ojos y distingue, medio oculta en la penumbra debajo del banco, una caja de cartón. También se halla cubierta por una capa de polvo grisácea. Alrededor del muchacho aparecen las huellas de su paso: líneas y borrones, comas y puntos de admiración, palabras escritas en un lenguaje desconocido. Por encima de la pelusilla de polvo, se desliza hacia la caja, abre la tapa y ve que, a pesar de que se encuentra casi vacía, en el fondo hay una pequeña pila de viejos periódicos. Introduce la mano allí dentro, saca el periódico que está encima y entorna los ojos para fijar la vista en el titular que aparece en la portada. A pesar de que aún no está en primer curso, el pequeño sabe leer, y el titular contiene un nombre que le resulta familiar: «JEANINE THIELMAN HA SIDO HALLADA EN EL LAGO».

Uno de sus vecinos se llama Thielman, pero el nombre, «Jeanine», le resulta tan misterioso como «hallada en el lago». En el siguiente periódico de la pila también aparece otro titular en la cabecera: «UN HOMBRE DE LA LOCALIDAD, ACUSADO DE ASESINAR A J. THIELMAN». El siguiente periódi-

co, el último de la pila, anuncia: «MISTERIO RESUELTO EN TRAGEDIA». De estas cuatro palabras, el pequeño sólo comprende «en». El muchachito abre el periódico y lo extiende ante sí. En él distingue la palabra «sombra», y también las palabras «esposa», «hijos». No reconoce a ninguna de las personas que aparecen en las fotografías.

Luego abre los otros periódicos y ve la fotografía de una mujer que se parece algo a su madre. A ella le gustará ver esa foto, piensa, y él puede regalarle estos interesantes periódicos viejos que ha encontrado debajo del banco.

Sujeta torpemente los periódicos bajo el brazo, sale de su escondite y avanza entre los muebles. Se le resbalan unas páginas, que caen con estrépito al suelo, pero no se detiene a recogerlas. El muchachito sube las escaleras hacia el ambiente más cálido de arriba, sale a la cocina y la atraviesa en dirección al vestíbulo.

Su madre aparece vestida con un camisón, de color azul, y lo observa. Lleva el cabello sin peinar, y los ojos errantes, como si hubiesen dado vueltas en sus órbitas y se limitaran a mirar hacia fuera.

—¿No me has oído?

El niño niega con la cabeza.

—¿No has oído tu nombre?

El pequeño se le acerca y le dice:

—Estaba en el sótano... Mira lo que he encontrado para ti.

Ella se le aproxima, flotando dentro de su camisón azul y con el cabello desordenada

—No debes esconderte de mí.

Su madre le arrebató el regalo, que ya no es un regalo, sino un tremendo error, y nuevas páginas caen al suelo. Ella despliega una de las secciones del periódico. El muchachito observa cómo el rostro de su madre se repliega en sí mismo de la misma forma que antes lo han hecho los ojos, como si la hubiese sorprendido un demonio invisible pero

real, y se precipita tambaleándose hacia la cocina mientras los periódicos se le caen de las manos.

De su boca surge una risa que no es una risa, sino unos chillidos que entran y salen de ella.

Entonces se derrumba en una silla y esconde la cara entre las manos.

Primera Parte

**LA MUERTE
DE TOM
PASMORE**



Un día de junio, a mitad de la década de los años cincuenta, Tom Pasmore —un muchacho de diez años y con la piel tan dorada como si hubiese nacido con un bronceado de cuatro días— descendió de un carro del reparto de leche y se encontró en una parte de Mill Walk que nunca había visitado con anterioridad. Una sensación de urgencia, de amenaza inminente, le había despertado junto con los alaridos procedentes de la alcoba de su madre y había permanecido adherida a él durante todo aquel día angustioso e inquietante. Cuando se despidió del cochero dándole las gracias, aquella sensación se intensificó como una luz deslumbrante que le enfocara directamente a los ojos. Pensó en la posibilidad de regresar con el carro del lechero, pero éste ya se alejaba tintineando, calle Burleigh abajo. Tom entornó los ojos hacia la brillante nube de polvo a través de la cual pasaba una conti-

nua corriente de bicicletas, carros tirados por caballos, y automóviles. La tarde estaba a punto de concluir, y la luz tenía un débil tinte rojizo, casi difuso, que de pronto le recordó las viñetas de las historietas, con sus incendios y sus explosiones, y los personajes saltando por los aires.

Al instante siguiente, esta escena quedó eclipsada por otra aún más impresionante, en la que cada partícula rebosaba una belleza tan intensa que resultaba insoportable. Era como si unos grandes artefactos mecánicos forcejearan para cobrar vida debajo de la superficie visible. Por un instante, Tom fue incapaz de moverse. La propia naturaleza parecía haber despenado, rebosante de vida.

Tom se quedó paralizado en medio de aquella intensa luz rojiza que caía oblicuamente, y el polvo que se levantaba de la calzada.

Él estaba acostumbrado a las calles más estrechas y tranquilas de la zona oriental de la isla, y aquel atisbo que había tenido de un halo misterioso probablemente no fuera más que el cambio que se producía al salir de la Eastern Shore Road. Lo que ahora contemplaba era otro mundo, uno que nunca había visto con anterioridad. No tenía idea de cómo iba a regresar a la lejana zona oriental y a las grandes mansiones de la Eastern Shore Road, y menos aún de por qué iba buscando cierta dirección. El timbre de una bicicleta lanzó un estridente sonido parecido al canto de un grillo, los cascos herrados de un caballo golpearon la tierra apisonada de la calle Burleigh, y todos los sonidos de la ancha avenida convergieron en Tom una vez más. Entonces se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento y de que sus ojos estaban empañados por las lágrimas. Alejándose ya por la avenida, el lechero se ladeó hacia el sol y hacia la robusta jaca parda que tiraba del carro, mientras el clin-clin-clin de las botellas se confundía con el ruido ambiental. Tom se secó las lágrimas de la cara. No estaba del todo seguro de lo que acababa de ocurrir. ¿Era aquello otro mundo? ¿Un mundo debajo de aquel mundo?

Tom siguió mezclándose con la escena que se desarrollaba ante él, preguntándose si aquella experiencia —aún presente a través de una especie de ingravidez en su corazón— era la amenaza inminente que le había perseguido todo el día. Se había sentido impulsado, directamente impulsado fuera de su cuerpo. Por uno o dos segundos interminables —mientras el mundo se estremecía y desbordaba de vida— había estado en el otro mundo, en el que había allí debajo.

Ahora sonrió, confundido por esa idea sacada de Julio Verne o de Robert Heinlein. Retrocedió sobre la acera y miró hacia el este. En ambas direcciones, la ancha avenida estaba repleta de caballos y vehículos, la mitad de los cuales eran bicicletas. Aquella variada multitud avanzaba ahora entre la niebla de luz y polvo, y se extendía fuera del alcance de la vista.

A Tom le pareció que nunca hasta entonces había sabido lo que significaba la frase «hora punta». En la Eastern Shore Road, la hora punta consistía en un par de coches pitando a los crios para que se apartaran. En una ocasión, Tom había visto cómo la bicicleta de un criado chocaba con la de otro, y cómo la ropa limpia de la colada se desparramaba por encima de los ardientes ladrillos rojos de la calzada: eso era para él la «hora punta». Por supuesto, Tom había estado en el despacho de su padre en el barrio comercial, observando el tráfico de mediodía en la calle Hoffmann, y había ido al puerto, Mili Key, con sus padres y paseado entre las filas de palmeras en compañía de carros públicos, cabriolés y berlinas. En Mili Key había visto los vehículos que subían en busca de los recién llegados para conducirlos a sus hoteles en el centro, el Pforzheimer o el St. Alwyn. (A decir verdad, en Mill Walk no había hoteles para turistas: el Pforzheimer albergaba a banqueros y a hombres adinerados, mientras que el St. Alwyn albergaba a viajantes, a músicos que iban de gira, como Glenroy Breakstone y los asombrosos Targets, a jugadores y gente así.) Tom nunca había estado en el barrio comercial a la hora de finalizar la jornada de trabajo, y nunca

había visto nada parecido al ajetreo y la variedad de tráfico que en la calle Burleigh avanzaba hacia el este o hacia el oeste, pero principalmente hacia el oeste, en dirección a Shurz Bay y Elm Cove. Parecía como si todo el mundo hubiese decidido simultáneamente precipitarse al otro extremo de la isla. Dominado por el pánico, durante unos instantes que parecían extrañamente conectados con la experiencia que acababa de padecer, Tom se preguntó si alguna vez sería capaz de hallar el camino de vuelta.

Pero su intención no era regresar a casa, al menos hasta que hubiese hallado otra casa. Imaginó que, llegado el momento, encontraría a alguien tan servicial como el conductor del carro de la leche, quien le había invitado a subir a pesar del letrero de «NO SE ADMITEN PASAJEROS» que colgaba del carro, y luego, durante el largo trayecto hacia la zona occidental de la isla, no había hecho más que preguntarle por sus novias: Tom era muy alto para su edad, y su cabello rubio, que contrastaba con las cejas y los ojos oscuros, le daba el aspecto de un muchacho de trece años más que el de uno de diez. Aquella «cosa» lo había estado importunando todo el día, impidiéndole leer más de una o dos páginas de un tirón, llevándole de su dormitorio a la sala de estar, y de ahí a los sillones de mimbre que había en el porche, hasta que finalmente había decidido pasear arriba y abajo por el césped de la entrada, preguntándose distraídamente si la señora de Sam Thielman volvería a discutir con la señora Langenheim, Jenny, o si un borracho medio loco vagabundearía por la calle, empezando a chillar y a lanzar piedras, como había ocurrido dos días antes.

Lo más curioso era que si bien la sensación de plenitud, de vida desbordante, se había desvanecido, con ella no se había llevado la otra sensación, sino que ésta persistía, más poderosa que nunca.

Se sentía impulsado, empujado.

Tom se volvió para grabar en su mente aquella zona tan extraña, y vio que se encontraba en medio de dos sólidas

casas de madera, cada una situada en la cima de la estrecha y pronunciada pendiente de césped que conducía a la entrada, como una cereza encima de un pastel, y mirando a otra hilera de casas situada detrás de él, en la siguiente calle. Unos olmos altísimos se arqueaban sobre esa segunda calle, que parecía tan tranquila como la Eastern Shore Road. Las casas que había debajo de los olmos eran algo menos impresionantes que las de la calle Burleigh, y Tom comprendió instantáneamente que esta segunda calle era territorio prohibido. El mensaje no era en absoluto ambiguo. Aquella calle podía muy bien haber ostentado una cadena y un letrero anunciando «SE PROHIBE EL PASO»: la lanza de un rayo procedente del cielo chisporrotearía y lo empalaría si se atreviese a entrar en aquella calle.

La luz imaginaria que brillaba en su rostro se volvió más intensa y ardiente. Había acertado al elegir aquella dirección. Avanzó de lado, y, ante sus ojos, en la calle prohibida, apareció una pequeña casa de madera, de dos plantas, la de arriba pintada de un color marrón muy oscuro, y la de abajo de un brillante amarillo cremoso.

Dos días antes, Tom había permanecido sentado en el sillón de rayas amarillas que había en la salita de estar, leyendo a Julio Verne, inmerso en la imaginaria pero total seguridad de las palabras que formaban la página mediante frases y párrafos: un mundo quieto y al mismo tiempo en movimiento, siempre el mismo y siempre cambiante, siempre abierto a él. Aquello era evasión. Seguridad. Luego un fuerte ruido, el sonido de algo que chocara contra el lateral de la casa, arrancándole del sillón amarillo con la misma brusquedad de una mano que le zarandeara para despertarle. Un segundo más tarde, Tom oyó el sonido apagado de una voz que en la calle profería obscenidades:

—¡Cabrón! ¡Capullo!

Otra piedra chocó contra el lateral de la casa. Tom saltó del sillón y se acercó a la ventana que daba a la parte delantera, conservando inconscientemente, con el dedo índice, la

página del libro que estaba leyendo. Un hombre de mediana edad, de talle estrecho y cabello ralo y corto de color castaño, se tambaleaba en la acera junto a una bolsa de lona de la que habían caído unas piedras enormes. El hombre sostenía en cada mano una piedra del tamaño de una pelota de béisbol.

—¡Engañarme de esa manera! —gritaba—. ¿Te has creído que puedes tratarme como a un imbécil o qué?

Intentó dar un giro completo y estuvo a punto de caer.

Luego curvó los hombros como un mono y se dirigió oblicuamente hacia las dos casas del otro lado de la calle, ambas con grandes columnas, torrecillas e idénticas barandas. Una de las dos, la que pertenecía a los Jacobs, estaba vacía, ya que el señor y la señora Jacobs se habían ido a pasar el verano al continente; la otra estaba habitada por Lamont von Heilitz, un viejo extravagante y huraño que vivía bajo la sombra y los rumores de cierto escándalo ocurrido hacía tiempo. El señor Von Heilitz siempre llevaba guantes, gris claro y amarillo limón, diariamente se cambiaba de ropa cinco o seis veces, no había trabajado «ni un solo día en toda su vida», y salía disparado como una flecha para amenazar a los niños que pretendían pisar su césped. El borracho lanzó una de sus piedras hacia la casa de Von Heilitz. La piedra golpeó contra la tosca pared de la casa, no acertando sólo por unos centímetros a una enorme vidriera. Tom se preguntaba si el señor Von Heilitz aparecería en el porche delantero, agitando el puño embutido en un suave guante de color gris. Luego el hombre contrajo espasmódicamente la cabeza, como si esquivara una mosca, retrocedió unos cuantos pasos haciendo eses y se inclinó para coger otra piedra, como si hubiese olvidado la que llevaba de reserva o considerara simplemente que una piedra no era suficiente. Metió la mano en la bolsa de lona y empezó a revolver, seguramente en busca de una piedra del tamaño adecuado. Vestía pantalones descoloridos y una camisa caqui desabrochada hasta la mitad de la protuberancia de su vientre. Su